

LA DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA FRENTE AL SOCIALISMO (*)

POR

MIGUEL PORADOWSKI

A pesar de que en la antigüedad la mayoría de los grandes imperios totalitarios, basados sobre la institución de esclavitud, adaptaban con preferencia el régimen social-económico-político del tipo socialista, estatizando por completo la vida económica, social y cultural, es solamente después de la Revolución francesa, al principio del siglo XIX, que aparecen las doctrinas y los movimientos socialistas de nuestros tiempos, como también la misma palabra «socialismo» (parece que acuñada por Pierre Leroux, por el año 1835) (1), e inmediatamente usada por muchísimos escritores políticos de la primera mitad del siglo XIX.

Es evidente que este socialismo viene, ante todo, como reacción espontánea contra el exagerado individualismo del siglo anterior, principalmente representado por Jean Jacques Rousseau, quien, en reacción contra la sociedad corporativa, lanza el concepto de la sociedad-asociación. El anterior régimen corporativo correspondía al concepto de la sociedad como un cuerpo social, a base de analogía con el organismo biológico; tenía él la ventaja de integrar plenamente cada hombre a la sociedad, a través de los cuerpos intermedios, analógicamente como cada célula está incorporada al organismo por intermedio del órgano al cual pertenece. Cada hombre se sentía indispensable e irremplazable en su papel, dentro de la estructura social, tanto para el bien común, como para el bien propio.

(*) Ponencia al Congreso sobre «La Doctrina Social de la Iglesia y la realidad contemporánea», Universidad de Mendoza, 5-7 de octubre de 1981.

(1) Hay también opiniones que el primero que la usó fue Robert Owen.

Contra esta sociedad corporativa de más de dos milenios, pues existía ya varios siglos antes del cristianismo, pero por él profundamente transformada, el individualismo sale en defensa de la libertad individual, oponiendo al hombre contra la sociedad. Ya en mitad del siglo XVII, en el año 1651, Thomas Hobbes, publica en Inglaterra su abultado libro *Leviathan*, en el cual aparece la idea de la sociedad basada sobre el contrato. Hobbes ante todo sale en la defensa de los derechos del ciudadano contra los abusos de poder de algunos monarcas absolutistas. Sin embargo, cuando Rousseau retoma la idea de la sociedad-asociación, concibe a la sociedad no como un fenómeno espontáneo y natural, es decir, como el efecto de la natural sociabilidad humana, sino como una asociación libre, voluntaria, de los individuos que a base de un contrato forman libremente un grupo, no empujados espontáneamente por su naturaleza sociable, sino por una conveniencia deliberada.

El individualismo, en general, y especialmente el rousseauniano, es llevado a la práctica por la Revolución francesa de fines del siglo XVIII y se expresa en las legislaciones de todo tipo, pasando después al Código de Napoleón. Lo curioso es que esta sociedad nueva, surgida de las ideas del «Contrato Social», de J. J. Rousseau, prohíbe cualquiera asociación, bajo el pretexto de defender la libertad individual. Además, no hay que olvidarse que este individualismo también se expresa en algunas filosofías sociales de la época, llegando incluso a absolutizar al individuo y, en consecuencia, a oponerle contra la sociedad.

No hay, pues, nada de extraño que esta posición tan extrema provocara una contestación en la forma del socialismo, es decir, en la exaltación e incluso absolutización de la sociedad. Sin embargo, los socialistas, dando la prioridad a la sociedad y subordinando completamente al hombre a la sociedad, siguen siendo también individualistas, pues conciben al hombre no como «persona» (en el sentido tomista de la palabra), sino como «individuo», pero de menor valor que la sociedad (2).

(2) Esta desvalorización del hombre por el socialismo llega al extre-

No menos importante es la otra característica del socialismo de la primera mitad del siglo XIX, a saber: su vinculación con la así llamada «cuestión social», es decir, con los problemas sociales, especialmente de los trabajadores proletarios, que aparecen como consecuencia de la revolución industrial, la cual, en Francia, casi coincide en el tiempo con la revolución política de 1789-1799.

La revolución francesa es la hechura de la burguesía, dominada por las ideas liberales e individualistas, mientras que los movimientos sociales y políticos vinculados con los problemas sociales-obreros, generados por la revolución industrial, a pesar que en la mayoría de los casos son encabezados por los burgueses, se identifican con todos los que sufren las consecuencias de la primera etapa de la revolución industrial.

Así, el socialismo de la primera mitad del siglo XIX tiene dos características esenciales, a saber: una (desde el punto de vista de la filosofía social), la exaltación, absolutización e, incluso; en algunos casos, la divinización (3) de la sociedad, es decir, un concepto de la sociedad que completamente absorbe al hombre, concebido como individuo; y la otra característica (desde el punto de vista de la sociología), la identificación con los problemas sociales, causados por la revolución industrial, que pretende solucionarlos por la completa estatización de toda la vida social, económica y cultural.

El primer aspecto del socialismo (la tendencia a la absolutización de la sociedad) provocó la inmediata reacción de parte de la

mo en el socialismo hitlerista (nazismo), lo que expresa la famosa frase de Adolf Hitler: «... du bist nichts, das Volk ist alles».

(3) Nos lo recuerda Juan Vallet de Goytisolo, citando el correspondiente texto de Proudhon: «El socialismo, ayudado por la democracia extrema, diviniza al hombre al negar el dogma de la caída, y, por lo tanto, destrona a Dios, inútil ya para la perfección de la criatura». *Algo sobre los temas de hoy*, Speiro, 1972, pág. 43; en el mismo libro, Juan Vallet se refiere a otra manera de la divinización de la sociedad por los socialistas-marxistas: «Se llega, en casos extremos, a hablar de muerte de Dios, o como el dominico francés P. Cardonnel, se afirma que ha muerto al encarnarse con Jesucristo en la masa, que así queda divinizada», pág. 14.

Doctrina Social de la Iglesia, pues, para el cristiano, el hombre es «persona», es decir, el valor primario (recordemos que Santo Tomás dice: «Persona significat id quod es perfectissimum in nota natura», I, 29, 3) y, por esta razón, no puede ser subordinado completamente a la sociedad, al Estado (Santo Tomás dice: «Homo non ordinatur ad communitatem politicam secundum se totum et secundum omnia sua», I^a, II^a, 2i, ad. 3). El segundo aspecto del socialismo (su pretensión de solucionar los problemas sociales por la completa estatización de la economía) le daba apariencia de una posición aceptable para algunos cristianos. Sin embargo, no hay que olvidarse de que el socialismo, defendiendo lo justo (la cuestión social), veía su solución exclusivamente en la estatización completa de la vida social y, especialmente, en la supresión de la propiedad privada, la cual —según la Doctrina Social de la Iglesia— es el fundamento indispensable de la libertad del hombre. Debido a estas razones, ambos aspectos del socialismo lo hacían inaceptable para los cristianos, a pesar de su mérito de defender también —como lo hacían los cristianos de la época— la justicia social.

Sin embargo, la principal razón de rechazo del socialismo por la Doctrina Social de la Iglesia es otra, la teológica, a saber: la consciente secularización por el socialismo del Reino de Dios. La Iglesia nunca puede permitir que a ella se arrebatte el Reino de Dios o que se lo secularize. No puede nunca permitir que a ella se arrebatte el Reino de Dios, pues su tarea esencial, encomendada por Cristo, es predicar, trabajar y luchar por el Reino de Dios, y tampoco la Iglesia puede aceptar que se secularize al Reino de Dios, pues secularizado deja de ser el Reino de Dios y se transforma en su caricatura e, incluso, secularizado y desacralizado, al fin y al cabo, se transforma en el Reino de Satanás.

Entre los socialistas y comunistas de la primera mitad del siglo XIX hay dos grupos: uno compuesto por los que se reclaman ser cristianos y el otro de los abiertamente anticristianos. Sin embargo, los que invocan su fidelidad al cristianismo e, incluso, sinceramente consideran el cristianismo como la base de su pensamiento, lo reducen solo a la ética, a la caridad, a la justicia y fraternidad, consciente o inconscientemente, secularizándolo.

Tal vez, el representante más destacado y el más influyente, hasta hoy día, de los socialistas que ponen el cristianismo secularizado como base de todo su pensamiento y como fundamento de la futura sociedad es Claude Henri de Saint-Simon (1760-1825). Este hombre genial, que tanto acertó en su optimista visión de la futura sociedad industrial, conscientemente seculariza el cristianismo, le quita todo carácter religioso y lo reduce exclusivamente a la ética. En su última obra, *La nouveau cristianisme*, escrita poco antes de su muerte, en 1825, elogia la enseñanza de Cristo, pero toma de ella solamente lo que, según su opinión, debería constituir la base de la futura sociedad: el amor fraterno, la solidaridad de todos los hombres y de todos los pueblos, la justicia, la virtud de la laboriosidad y, ante todo, el mandamiento del perfeccionamiento de sí mismo y de la sociedad.

En el pensamiento de Saint-Simón está evidentemente presente la plena y consciente secularización del Reino de Dios, predicado por Cristo, pues, se trata de una sociedad de futuro, completamente laica, una obra únicamente humana, fraternal, animada por el amor y sacrificio, que será la verdadera *auræ ætæ* del futuro, del porvenir; una sociedad plenamente feliz, pues, gracias al progreso científico y técnico, va a garantizar a todos un bienestar completo, material y espiritual; un paraíso terrestre. Huelga decir, que el optimismo de Saint-Simón supone la previa aceptación por él de la opinión rousseauiana sobre la perfección de la naturaleza humana. Es difícil comprender como Saint-Simón, después de presenciar y vivir los horrores de la revolución francesa (4), pudo seguir creyendo en la bondad de cada hombre, como lo enseñaba J. J. Rousseau. Parece ser acertada la calificación del pensamiento de Saint-Simón, dada por Karl Marx en el *Manifiesto comunista*, como un «socialis-

(4) Algunos historiadores franceses calculan que Francia tenía, en vísperas de la revolución del año 1789, más de 26 millones de habitantes, mientras que después de la revolución y las guerras napoleónicas esta cifra se redujo a sólo 18 millones, es decir, que al terror revolucionario y las siguientes guerras la costaron ocho millones de muertos, y eso sin tomar en cuenta el aumento vegetativo de la población en este período de tiempo.

mo utopista»; el Reino de Dios secularizado y desacralizado es la más peligrosa utopía.

La segunda corriente socialista, de la primera mitad del siglo XIX, es todavía menos aceptable para los cristianos, pues ni siquiera admite un cristianismo secularizado, teniendo odio y repudio a todo lo cristiano. Esta corriente, encabezada por Pierre Joseph Proudhon (1809-1865), también pretende, con su futura sociedad ideal socialista, reemplazar al Reino de Dios, con la agravante que quiere realizarla conscientemente como lo opuesto al Reino de Dios. Los escritos al respecto de Proudhon son llenos de blasfemias (por las cuales fue condenado a la cárcel por los tribunales) y de un consciente satanismo (5). Proudhon sólo sacó las últimas consecuencias lógicas del pensamiento individualistas de Rousseau, como lo observa Juan Vallet de Goytisolo (véase la nota 3).

Es comprensible pues, que este socialismo de la primera mitad del siglo XIX es tan severamente juzgado por Pío IX, quien la calificó (junto con el comunismo) como la doctrina «nefasta y totalmente contraria al derecho natural», cuya «doctrina, si fuese admitida, echaría radicalmente por tierra los derechos, las cosas y las propiedades de todos e incluso la misma sociedad humana» (*Qui Pluribus*, 5); esta profecía se cumplió plenamente. León XIII resume el pensamiento de Pío IX, sobre el socialismo, así: «Todos conocen perfectamente las gravísimas palabras y la firme constancia de ánimo con que nuestro glorioso predecesor Pío IX, de feliz memoria, ha combatido, tanto en sus alocuciones como en sus encíclicas enviadas a los obispos de todo el mundo, contra los inicuos intentos de las sectas y particularmente contra la peste socialista que del seno de las sectas iba surgiendo» (*Quod apostolici muneris*, 3).

Sin embargo, el peor de todos los socialismos es el socialismo marxista, pues no solamente contiene los vicios de los anteriores, sino todavía agrega lo peor: el materialismo integral, el odio y la

(5) Especialmente, en las *Contradicciones económicas: La filosofía de la miseria*; los correspondientes textos se pueden encontrar en la obra de Georges Gurvitch, *Los fundadores franceses de la sociología contemporánea: Saint-Simon y Proudhon*, Galate-Nueva Visión, Buenos Aires, 1958, páginas 121-122.

lucha de clases, la degradación del hombre al nivel de animal, el repudio de toda religión y, especialmente, de la cristiana, la desvergonzada explotación de la «cuestión social», la esencial vinculación con el comunismo, en el cual ve su meta y al cual quiere llegar por la revolución, concebida como destrucción radical de la sociedad histórica.

Actualmente existen muchas doctrinas socialistas y muy variados movimientos socialistas, sin embargo, se puede hablar del socialismo, pues, a pesar de las enfáticas declaraciones de algunos de ellos sobre la presunta ruptura con el marxismo, en realidad el marxismo sigue teniendo sobre todos ellos una influencia determinante. Por otra parte, todos los movimientos socialistas están profundamente infiltrados por los comunistas marxistas-leninistas y de hecho sirven a la revolución marxista, la cual, a su vez, está al servicio de los imperialismos soviético y chino.

En la encíclica *Quadragesimo anno*, Pío XI hace análisis muy detallado de los cambios por los cuales pasa el socialismo y, a pesar que reconoce la existencia de distintas doctrinas socialistas, sigue insistiendo que ninguna de ellas reniega «del fundamento propio del socialismo, contrario a la fe cristiana» (43), y por eso concluye que «nadie puede, al mismo tiempo, ser buen católico y socialista verdadero» (48). Pío XII afirma esta posición de la Iglesia: «Movida siempre por los motivos religiosos, la Iglesia ha condenado los varios sistemas del socialismo marxista, y los condena también hoy, porque es su deber y derecho permanente preservar a los hombres de corrientes e influencias que ponen en peligro su eterna salvación» (*Con sempre*, 25, 1943). Juan XXIII, en vísperas del concilio, en la encíclica *Mater et magistra*, recordando la posición *Quadragesimo anno* acerca del socialismo, dice: «El Sumo Pontífice (Pío XI) manifiesta que la oposición entre el comunismo y el cristianismo es radical. Y añade que los católicos no pueden aprobar, en modo alguno, la doctrina del socialismo moderado. En primer lugar, porque la concepción socialista del mundo limita la vida social del hombre dentro del marco temporal, y considera, por tanto, como supremo objetivo de la sociedad civil el bienestar puramente material; y, en segundo término, porque al proponer

como meta exclusiva de la organización social de la convivencia humana la producción de los bienes materiales, limita extraordinariamente la libertad, olvidando la genuina noción de la autoridad social» (34), y también rechaza la tesis socialista que «pueden los hombres, prescindiendo de Dios y solamente con sus propias fuerzas, alcanzar la cima suprema de la civilización humana» (*ibid.*). El Concilio Vaticano II enérgicamente rechaza el inmanentismo y, por ende, el socialismo, pues el socialismo es, esencialmente, inmanentista. *Octogesima adveniens*, de Paulo VI, nos recuerda: «El cristiano que quiere vivir su fe en una acción política, concebida como servicio, tampoco puede adherirse, sin contradecirse a sí mismo, a sistemas ideológicos que se oponen, radicalmente o en puntos sustanciales, a su fe y a su concepto del hombre. No le es lícito, por tanto, favorecer a la ideología marxista, a su materialismo ateo, a su dialéctica de la violencia y a la manera como ella entiende la libertad individual dentro de la colectividad, negando al mismo tiempo toda trascendencia al hombre y a su historia personal y colectiva» (26).

No se trata aquí de recordar todos los textos del Magisterio que se refieren al socialismo; sólo nos interesa subrayar que la Iglesia constata la oposición radical entre el socialismo y el cristianismo, y, si es así, una vez más nos preguntamos: ¿cómo se explica entonces la existencia dentro de la Iglesia de los «cristianos por el socialismo»? ¿Por qué, a pesar de toda evidencia de la contradicción entre el socialismo y el cristianismo hay sacerdotes que insisten en su opción por el socialismo? No pueden, honestamente, invocar el argumento de la «cuestión social», pues saben bien que el socialismo marxista, donde llegó al poder, ni solucionó ni mejoró la situación de los trabajadores; los actuales acontecimientos en Polonia, una vez más, lo demuestran. Tampoco pueden negar la evidencia del hecho que el socialismo lleva al comunismo ateo y materialista, que sirve a la revolución marxista-leninista y, por ende, al imperialismo soviético o chino. Tal vez, una contestación satisfactoria a estas preguntas o, al menos, una aclaración reveladora de todo este asunto, nos la da el reciente libro de Roland Gaucher, *Le réseau Curriel*, París, 1981, pág. 433, según el cual detrás de los «cristianos

por el socialismo» se encuentra la KGB (la policía política soviética) y millones de dólares proporcionados por ella.

A pesar de que ya pasaron más de tres años de la fecha del misterioso asesinato, en París, de Henri Curiel, el famoso agente de la KGB, es solamente ahora que aparecen interesantes libros con abundante documentación, donde se describe sus actividades subversivas. Entre estos libros, el de Roland Gaucher es de una excepcional importancia, pues suministra una irrefutable documentación sobre la manipulación, por parte de la KGB, de los «cristianos por el socialismo».

En el libro de Gaucher se encuentra una excelente descripción de la aplicación práctica, por Curiel, de la «táctica de kárate»: servirse de la fuerza del adversario. Este adversario, para los dirigentes de la revolución marxista, es todo el mundo no-comunista, sin embargo, se trata especialmente de servirse de las fuerzas de la Iglesia, de sus innumerables instituciones, del clero, de los religiosos y de las religiosas y, ante todo, del entusiasmo de su juventud.

Una de las variantes de esta «táctica de kárate» es el bien conocido «frente amplio»: movilizar a todas las fuerzas posibles de los enemigos a favor de alguna causa que tenga apariencia de noble y, de esta manera, reforzar el campo comunista. Aquí entran las manifestaciones por la paz, por los derechos humanos, contra el hambre, contra las injusticias, contra la contaminación ambiental, etc. La muy detallada descripción de la actividad subversiva del «réseau Curiel» en Egipto, constituye un excelente aporte al estudio de estas tácticas concretas en las circunstancias concretas, cambiables y reales. No menos valiosa e informativa es la descripción detallada de la segunda gran obra del «réseau Curiel»: la organización y la manipulación por la KGB de la subversión en Argelia. Sin embargo, es el caso de la extensión de la actividad del «réseau Curiel» al Tercer Mundo, especialmente a la América Latina, que proporciona las informaciones más abundantes y las más recientes respecto a la infiltración de los agentes KGB dentro de la Iglesia y respecto a los métodos aplicados en cada caso. Es sólo después de una atenta lectura de las descripciones de estas tres grandes etapas (Egipto, Argelia, Tercer Mundo) de las actividades del «réseau Curiel»,

que el lector se da cuenta de la plena justificación del subtítulo del libro: «la subversión humanitaria», pues, con espanto se descubre cómo las más nobles y típicamente cristianas instituciones de la Iglesia, pues dedicadas a las obras de caridad y de cultura, están aprovechadas por la KGB para los fines subversivos. Es aquí donde la pérfida táctica del kárate se hace más evidente y patética. Con horror se descubre cómo los millonarios fondos y, ante todo, el sacrificado trabajo entusiasta de miles de monjes y de monjas están hábilmente aprovechados para destruir el orden, la fe, la religión, la civilización cristiana. Concretamente, nos informamos cuantos eventos religiosos: congresos, jornadas, movimientos intelectuales, filosóficos y teológicos están manipulados por la KGB. Es aquí donde nos encontramos con la «teología de la liberación», con los «cristianos por el socialismo», con la «Iglesia del pueblo», con los «carismáticos», con los «ecuménicos», etc. Sobran los datos concretos que nos informan dónde, cómo, cuándo y quién se ha dejado llevar a la subversión más vil que uno puede imaginarse: la fabricación y el transporte clandestino de bombas y armas asesinas para los terroristas, la falsificación de pasaportes y toda clase de documentación, la falsificación de las monedas de muchísimos países, como también una larga lista de horribles asesinatos. Y no hay que olvidarse que el «réseau Curiel» es sólo un de las innumerables operaciones soviéticas que siguen trabajando en todo el mundo con la «táctica de kárate».